
Desvelamiento de B.

A Pablo Barrena

Soy un hombre común. Los sucesos diarios me importan menos que el asombro de saberme vivo. En el pueblo castellano en que nací, ya desaparecido, murió mi padre. Yo tenía entonces tres años. Mi madre, consternada por la desdicha, acarreo a las criaturas, cuatro varones, y nos trajo a la capital. Deseaba para nosotros algo mejor que el páramo y las viñas, algo que nunca formuló —porque no estaba hecho de palabras sino de perseverancia y de ímpetu. Sospecho, a los veintiocho años de aquel éxodo y a los seis de su muerte, que ninguno de sus hijos evitó defraudarla. Conservo de mi padre únicamente una cartera de cuero. Su rostro, sin embargo, me ha sido velado, aunque ciertas fotografías me proporcionaron la ilusión de haberlo conocido. Si recordara su voz podría, aquí, remedar con la sintaxis su acento; me consuela pensar que ahora en estas líneas él está influyendo. Sé que era generoso y que luchó en la guerra civil a los diecisiete años. A la trinchera llevó un cuaderno donde escribía, siempre bajo el estrépito de las ametralladoras. Después de su muerte, su mujer arrojó el cuaderno a las llamas; le recordaba el sufrimiento de los otros o acaso la gratuidad del sufrimiento. Alguna vez mi madre me contó (no lo añade mi memoria) que los días de permiso mi padre dormía en el suelo; lo desvelaba el calor de las mantas y la dulzura del ámbito. El frente lo había endurecido y sin un poco de frío o de temor no alcanzaba el sueño.

Para quien pierde a su padre a los tres años, la soledad no es un tormento sino un descanso. En la soledad descansamos (la frase podría ser de Baudelaire) del horror de sabernos reflejados en otros ojos. Soy, por tanto, un hombre solitario y anónimo, cuyos hábitos y manías no difieren de los hábitos y manías del hombre público. En las fábulas, en la mitología, el énfasis de la narración se pone en el momento en que el héroe vence al monstruo; una suerte de atavismo mezquino, que el periodismo fecunda, hace creer al hombre público que acomete una hazaña cuando come o asiste a un congreso. Ya he dicho que en los sucesos no hay, propiamente, nada memorable. Juan Fernández Lera me refirió que Giacometti fue atropellado, sin consecuencias, en una calle de París y que al incorporarse dijo: «¡Por fin me sucede algo!». Desconozco si es apócrifa la anécdota, no desconfío de los amigos. Aprobé la ocurrencia de Giacometti, me sentí íntimamente reconocido en ella. De haberme sucedido a mí, el trance del miedo o el exceso de saberme a salvo me hubiera parecido singular.

Tal vez porque carecía de recursos o porque debía poblar mi soledad, la literatura me interesó siempre, o mejor descubrí que la literatura me interesaba cuando supe, de una vez por todas, tal una revelación, que la realidad es harto movidiza y el lenguaje un orden. No diré que soy un apasionado, apasionados son los que se arriesgan, pero sí que

mi fervor de lector no adivina el crepúsculo. Por negligencia y amor a los libros rechacé algunos trabajos acomodaticios y rentables, sólo porque en ellos no había libros. El periodismo, durante algún tiempo, me tentó, pero allí donde llamé fui rechazado. No lo sentí; los periódicos (lo dejo escrito una de las caras de H. Bustos Domecq) son un museo de minucias y trivialidades destinadas al olvido, que otras minucias y trivialidades nos harán olvidar. Ver mi nombre ahí hubiera representado una desdicha. Me esforcé, inútilmente, en obtener un puesto de auxiliar en una biblioteca; el rechazo, esta vez sí, me humilló y todavía me humilla. Como cualquier hombre, como De Quincey buscando a Ann en los prostíbulos, como Nerval desnudo ante su estrella, no he encontrado lo que quiero. Como en cualquier hombre, mi esperanza es más fuerte que mi vida. Mientras tanto, dedico mis jornadas a una librería, cuyo nombre es un homenaje a la música verbal de Quevedo. Allí, en ese ámbito que es un laberinto hecho para deslumbrar, los anaqueles crecen y se moodifican, como resortes mágicos. Allí poseo esa sensación (toda mi riqueza es esa sensación) de trabajar en el vientre de un animal vivo. Allí tuvo lugar el hallazgo que justifica estas páginas.

Fue a finales de noviembre, una noche (lo recuerdo) que no presagiaba el invierno. El día no nos había deparado más que rutina; para mitigar sus efectos nos demorábamos, como siempre, en la barra de un bar. La cerveza iba sedimentando en nosotros las horas transcurridas, las frases formularias, el simulacro de la ambilidad; la gravitación, en fin, del comercio celeste de los libros. Eramos su prolongación y, al mismo tiempo, comenzábamos a sentir que éramos otra cosa. Con indolencia y una voz pausada que no exigía interlocutor, José Cañadas se quejaba, sin amargura, de las puerilidades y miserias de la librería. Delataba su carácter omnívoro, que se alimenta de nuestro fervor, y el exceso de tiempo consagrado a concurrir bajo su techo. El estado de espíritu en que lo hallaba el fin de la jornada, las energías lastradas a lo largo del día, daban a sus ojos huidizos un leve tono cárdeno de víspera de fiebre. Como en un sueño, Luis Sancho y yo resignadamente aprobábamos sus palabras y antes de percibir que algo le reclamaba fuera de nosotros, se fue disfrazando su despedida con un gesto conmisericordioso, más destinado a su propia fuga que a nosotros. Quedó en el hueco de su ausencia, el estricto silencio; luego los ruidos, al tintineo de los vasos, las masas de los cuerpos, las voces disonantes y ásperas, ofrecieron de nuevo esa atmósfera pendular, mezcla de ajeteo y ensimismamiento, de los bares y de las plazas.

Entre hombres que trasiegan diariamente con libros, la vocación de emular la escritura no es siempre una fertilidad malograda. En las últimas noches, Luis Sancho, palabra a palabra (su voz, al contarlo, fundaba la confianza) había escrito un texto no indigno de ser revelado. Por primera vez él sentía que una tras otra esas palabras imponían una realidad a la realidad. Agradecí saberme cómplice de una actividad secreta y me resigné a escucharlo. Dos calles más al este, atravesando la peligrosa avenida, estaba su casa, que me recibió con un extraño olor a especias mezcladas. Bela, su mujer, surgió de un canapé con un kimono rojo, adelantándose a los saludos. En la remota memoria, por un instante, el olor a especias y el kimono fueron las interminables travesías oceánicas, el tumulto en la cubierta de bajeles negros, marineros transportando fardos traídos del Mar de la China o de Ceilán. Algo menos vasto nos había congregado ahí: el calor de la amistad, que subyace alimentándolo todo.

Luis Sancho, como James Joyce, aunque con propósito más modesto, había elaborado, a manera de glosa, una versión moderna de la Odisea. Argüía —no sin inocencia— que si la Odisea es conocida de todos, si forma parte del primitivo acervo cultural de los hombres, entonces la gruta de Calipso, los Cicones y Lotófagos, el Cíclope, Eolo y los Lestrígones, Circe, las Sirenas, Telémaco y Penélope no son meros episodios de una epopeya deslumbrante, sino sustrato de la naturaleza humana. Aquello que le ocurre a un hombre le ocurre, en verdad, a cualquier hombre. En esta versión de Luis Sancho, un Ulises envejecido cuenta a un auditorio cansado sus pasadas aventuras. Todo sucede alrededor del fuego. Penélope es, ahora, una actriz retirada en sus aposentos y Telémaco, que se aburre del padre anciano, evoca el día de lluvia en que éste sembraba de sal los surcos. Hay, entre el escaso auditorio, un hombre ciego que escucha con atención. El público termina reducido a ese hombre ciego. El lector sabe que ese hombre ciego es Homero; el lector advierte que Ulises cuenta repetidamente su torpe relato para que el ciego convierta su pasado en leyenda.

Cuando después salí, ya la madrugada parecía insinuarse y las calles mojadas atemperaban el aire. No estaba cansado, soportaba mi cuerpo una tosca felicidad, la brutal certeza de que es perdurable la dicha. No había dormido pero había escapado al insomnio. Abrí la librería, dos horas antes, y respiré la atmósfera estragada de los volúmenes, impacientes desde la penumbra que borraba el amanecer. Contemplé largo tiempo los estantes y las mesas abundantes de mazos de libros. Impetuosamente sentí la tristeza de las innúmeras páginas que aguardan el fervor solitario de unos ojos. Mallarmé opuso, al inextricable universo, páginas no menos inextricables, hechas de caracteres parpadeantes como estrellas; yo nada podía ni sabía oponer a la ostensible ambición humana de perdurar en un libro, excepto la melancolía del dragón, que protege el tesoro que nunca ha visto. Así me vi ese amanecer, como un animal de fábula. Hasta que percibí en un estante perfectamente alineado, un delgado libro a punto de caer. No recordaba que el día anterior hubiera ordenado tan minuciosamente ese estante. Algo me impulsó a coger el libro, pero estoy seguro que la curiosidad no alentó mis pasos.

Era un gastado volumen en octavo, de escasas páginas, sin lugar ni fecha de edición, que jamás había visto. Encuadernado en pasta española, ni la tapa ni el lomo aducían algún epígrafe. La portada encaraba un título: Desvelamiento de B. Un apólogo; y en el colofón: Impreso en caracteres bodonianos, edición de cinco ejemplares. El libro, sin embargo, parecía de impresión reciente. ¿Pero quién era su autor? ¿Y cómo había llegado hasta aquí? Sentí, primero, perplejidad; luego, que yo era un intruso en un jardín prohibido. Leí, no obstante, las holgadas páginas que no entendí entonces, que no he logrado penetrar en ulteriores lecturas, acaso porque lo que cuentan es inverosímil y su significado abominable.

Dije al principio que no hay, en la vida de un hombre, ningún suceso que no sea, a fin de cuentas, trivial. Mi vida merece el olvido, no así este libro secreto, que sólo comparten conmigo cuatro rostros anónimos. Que el lector disculpe los prolijos antecedentes. No he sabido resistir evocar con torpeza los sucesos previos al hallazgo. Ya desaparezco, aunque no me esfumo. Me retiro para correr una cortina.

He aquí, pues, el apólogo. Falta la primera página.